

Ricardo Artola

La Segunda Guerra Mundial



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1995
Tercera edición: 2015
Primera reimpresión: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Soldados alemanes prueban sus nuevos equipos atravesando gases venenosos (1940)
© Corbis / Cordon Press
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ricardo Artola Menéndez, 1995, 2007
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-9776-5
Depósito legal: M. 422-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Introducción
17	1. El camino hacia la guerra
23	2. La guerra en Europa
46	3. La guerra en África y el Atlántico
62	4. «Operación Barbarroja»
75	5. La guerra mundial
93	6. La Europa de Hitler
105	7. La victoria aliada
135	8. Consecuencias
143	Apéndices
145	Mapas
165	Cronología
209	Armamento
237	Glosario

*Para Maese Cortina,
Quico, padre de este libro*

Introducción

La Segunda Guerra Mundial es uno de esos hechos históricos que sirven para marcar la frontera entre dos épocas, dos mundos, dos formas de pensar y de actuar. Fue el mayor acontecimiento del siglo XX y uno de los mayores de la Historia. Gran parte de esa centuria fue influida por la guerra y viceversa. Esta no se entendería sin la Primera Guerra Mundial, la crisis económica de los años 30 o la Revolución rusa, y a su vez provocó un auténtico vuelco de las relaciones internacionales y de poder en el mundo.

En aquellos seis años terribles se produjo el choque a muerte de las grandes ideologías políticas contemporáneas (comunismo, fascismo, nazismo, liberalismo). También surgieron fenómenos como el concepto de guerra total, la Resistencia y el colaboracionismo, el Holocausto y su legado, las mujeres y su liberación, la descolonización, la división y el declive de Europa,

la Guerra Fría, la creación y el uso de la bomba atómica, la invención de los misiles o el «fenómeno Hitler».

La Segunda Guerra Mundial supuso el culmen de la confrontación bélica entre los seres humanos; todas sus magnitudes son escalofrantes, y aún hoy sirven de referencia de cualquier contienda militar.

Además de todo esto, la guerra aquí estudiada marcó un hito de la crueldad humana: el Holocausto del pueblo judío, junto a importantes minorías de gitanos, homosexuales, comunistas y otros, la renuncia a considerar a la población civil como no beligerantes, la degradación de los valores éticos hasta extremos que hasta entonces y desde entonces parecen inconcebibles. Todo ello sólo levemente compensado por los actos de heroísmo, generosidad y sacrificio de muchos. El legado moral de la guerra es tan terrible que todavía no nos hemos recuperado de él completamente.

Como resultado de todo ello, y de otros factores que iremos viendo, la Segunda Guerra Mundial ha despertado desde su finalización misma un interés que parece inagotable. Probablemente sea el periodo histórico que más tinta, celuloide y hasta videojuegos ha hecho correr. Habría que dedicar una vida entera a absorber toda la información que genera la guerra, desde historias generales hasta biografías, desde exhaustivas obras de referencia a la parafernalia de uniformes, desde armas y tácticas hasta detallados estudios de batallas.

El cine, como arte característico del siglo XX, creó su propio género fundamentalmente para contarnos con

todo detalle hasta la última escaramuza en la que participó un soldado estadounidense. Quizá pocos recuerden que la película que emitió TVE la noche en que murió Franco fue *Objetivo Birmania*, con un Errol Flynn en sus mejores momentos. Resultado de ello es que cualquiera tiene una noción de algunos hechos de armas de la guerra, pero si hubiera que reconstruirla solamente a partir del celuloide hollywoodiense, nos encontraríamos con una parodia de lo que fue, una «guerra-parque temático» en la que los americanos eran los buenos, los fuertes, los valientes y ganaban siempre; por el contrario, alemanes y japoneses aparecían como desarrapados sudorosos, torpes y perdedores. Frente a ellos, los británicos son segundones, si es que aparecen, mientras que los soviéticos son una sombra difusa que sólo recientemente han comenzado a generar películas.

Lo que el lector encontrará en este libro es un intento honesto de presentar una visión equilibrada y divulgativa de lo que pasó; un reflejo del consenso de los historiadores sobre los diferentes temas. Pretendo mostrar que la confrontación titánica entre Alemania y la Unión Soviética desde junio de 1941 hasta mayo de 1945 fue el hecho capital que determinó el desenlace de la guerra, un choque que acabó desangrando a Alemania y que convirtió a la URSS en una superpotencia.

A mi juicio, el relato de esta guerra peca de una innecesaria erudición (¿por qué decir *blitzkrieg* en lugar de «guerra relámpago»?); hay tantos ejemplos de esto

que resulta abrumador) que francamente no sé de dónde procede. Yo siempre he evitado su uso porque no encuentro justificación para hacerlo. En otros períodos históricos también existen palabras extranjeras para definir conceptos y, sin embargo, no se usan en obras de carácter divulgativo.

He intentado relatar los acontecimientos principales desde la perspectiva de lo que se sabía en cada momento y no tanto de lo mucho que sabemos ahora y del privilegio de contemplar los hechos como no los vieron ni los más informados de sus protagonistas.

He evitado al máximo el inútil ejercicio de especular con los acontecimientos mediante preguntas del tipo: ¿qué habría pasado si hubiera tenido éxito el atentado contra Hitler de 1944 o si Estados Unidos no hubiera entrado en la guerra? Dado que nadie puede demostrar lo que hubiera ocurrido, dejemos ese ejercicio para historiadores diletantes.

Finalmente hay que comprender que un relato divulgativo de la guerra no puede reflejar adecuadamente la complejidad de acontecimientos que se desarrollaban al mismo tiempo en cinco continentes y se influían entre sí. Baste como ejemplo la primera quincena de junio de 1944: mientras el día 6 comenzaba el desembarco aliado de Normandía, el 9 empezaba la ofensiva soviética en el frente finlandés, el 5 entraban las tropas estadounidenses en Roma y el 14 se producía el primer ataque de las fortalezas volantes contra Japón.

Este libro es «hijo» de otro que, con el título de *La Segunda Guerra Mundial*, se publicó hace una década en el «Libro de bolsillo» de esta editorial. Supongo que el hecho de que haya gozado de unas ventas saneadas (cuatro ediciones) animó a mis editores a pedirme que hiciera una versión ampliada, coincidiendo con el 60 aniversario del feliz final de aquella sangría.

Esta edición presenta algunos cambios destacados respecto a la originaria.

Aunque he reescrito partes sustanciales del texto principal, los verdaderos cambios se centran en el apartado de Apéndices. En él se ha mantenido toda la cartografía, elemento fundamental para comprender la historia, pero aún más para explicar las guerras.

Además, he querido ampliar la información de un puñado de protagonistas dentro del glosario, que, por su poder e influencia durante la guerra, determinaron muchas de las decisiones que explican su desarrollo y desenlace. En este apartado he incluido a Hitler, Stalin, Churchill, Roosevelt y Tojo, dejando deliberadamente fuera a otros personajes que considero comparativamente pintorescos. No obstante, se esboza de manera sucinta la trayectoria de casi todos los protagonistas de la contienda.

Pero el cambio más destacado ha sido el de incluir un apartado que tampoco es habitual en los libros sobre la guerra. De hecho, no conozco ninguno tal y como yo lo presento. Se trata de reproducir las principales armas utilizadas durante el conflicto, comentando el porqué de su inclusión e importancia. Claro que

existen miles de libros de armamento, pero en ellos se muestran todas o casi todas las armas sin jerarquizar su importancia o explicar su significado en el contexto de la guerra. Además, este tipo de libros suele especializarse por tipos de armas (cazas, bombarderos, etc., o bien aviones, carros de combate, buques de guerra), con lo que tener una rápida visión de conjunto es caro en tiempo y dinero. Lo sé por experiencia.

Por todo lo anterior, entiendo que este libro es único en su género y permitirá al lector dos usos diferentes: una lectura seguida y completa le dará una visión de conjunto de la guerra en poco tiempo, mientras que como libro de consulta contiene mucha información en pocas páginas.

Merecen mención especial Ester Berenguer por su ayuda con los iconos y Olga Núñez y Luis Brea por la realización material del libro.

Quiero agradecer muy especialmente a los tres excelentes lectores que ha tenido este libro antes de ver la luz: Eduardo Chamorro, Miguel Artola y Ángela Vallvey.

1. El camino hacia la guerra

El camino hacia la guerra mundial fue un complejo proceso, plagado de frustraciones, errores de todo tipo, tremendas crisis económicas; en definitiva, un periodo histórico convulso calificado de «entreguerras», que no supo o no pudo resolver pacíficamente sus conflictos internacionales.

Claramente la primera causa de la guerra se gestó en el final de la anterior guerra mundial, la Primera, desarrollada entre 1914 y 1918. Aquella sangría se saldó con la firma del Tratado de Versalles en junio de 1919. En virtud de éste, los vencedores (Francia y Gran Bretaña, sobre todo) insistieron en imponer al principal derrotado (Alemania) unas cláusulas que hoy consideraríamos inaceptables. Alemania, una gran potencia, salía de la paz mermada en un octavo de su territorio (el equivalente de Aragón en la España actual) y en un décimo de su población de antes de la guerra.

Además, el gobierno surgido de la derrota debía dismantelar su ejército, aceptar la confiscación de importantes recursos económicos y, por si fuera poco, pagar a los vencedores las llamadas «reparaciones de guerra» en virtud de los daños que aquéllos habían sufrido durante la contienda. Estas reparaciones fueron sentidas en Alemania como especialmente injustas y ruinosas, además de ser inéditas en la medida en que durante cierto tiempo los vencedores se negaron a especificar el monto total con el que se sentirían «reparados».

En el contexto de unos convulsos años 20 e inicio de los 30 en Alemania (intento de revolución, fortísima crisis económica, debilidad del gobierno y creciente fortaleza de los partidos autoritarios), estas condiciones de paz fueron el caldo de cultivo de la insatisfacción generalizada, la confrontación y el ascenso del nazismo al poder. La paz que intentó subyugar a Alemania durante generaciones la iba a hacer más fuerte de lo que sus enemigos habían imaginado y deseado.

Además de Alemania, otros países podían sentirse damnificados por el equilibrio de poder mundial que beneficiaba básicamente a Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, en detrimento de otros importantes como Italia o Japón.

Por su parte, la Unión Soviética, en su condición de único país comunista y que podía contagiar a sus vecinos, era tratado como un enfermo infeccioso al que había que aislar del resto de Europa mediante un «cordón sanitario» de pequeños y medianos Estados.

La brutal crisis económica mundial que comienza con el crack de la bolsa de Nueva York en octubre de 1929 y se extiende rápidamente por todo el mundo marca el inicio de una turbulenta década que desemboca en la guerra.

Por destacar sólo los principales hitos de esa década en lo concerniente a los antecedentes de la guerra, hay que empezar con el ascenso al poder de Hitler en 1933 y su apabullante actividad interior e internacional para acrecentar su poder y el de Alemania: la retirada de la Sociedad de Naciones (1933), la reimplantación del servicio militar obligatorio (1935), prohibido hasta entonces en virtud del Tratado de Versalles, la recuperación del Sarre mediante plebiscito y el inicio de la persecución de los judíos alemanes con la aprobación de las leyes de Nuremberg.

En 1936 se produjo la remilitarización de Renania por parte de Alemania, pero sobre todo el estallido de la Guerra Civil española y sus consecuencias internacionales. Frente a unas potencias occidentales (Francia y Gran Bretaña) melindrosas, partidarias de la neutralidad y, por tanto, de abandonar a la República a su suerte, Alemania e Italia encuentran en el conflicto español un perfecto campo de pruebas para sus armas y tácticas, a la vez que muestran un apoyo indisimulado al bando franquista.

Durante ese mismo año Alemania logra sendos pactos con Italia (Eje Berlín-Roma) y Japón (Pacto Anti-Komintern) de gran transcendencia durante la guerra mundial.

El año 1938 marca dos hitos del camino hacia la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, la anexión de Austria por parte de Alemania, conocida desde entonces por la palabra alemana *Anschluss*. Pero sobre todo hay que hablar de uno de los acontecimientos más controvertidos del siglo XX: la Conferencia de Munich. Veamos los antecedentes.

La minoría alemana que vivía en la parte noroccidental de Checoslovaquia (los Sudetes) deseaba unirse a Alemania, pretensión que era apoyada por este país. Sin embargo, al sentirse amenazada, Checoslovaquia solicitó ayuda de Francia y Gran Bretaña. Hay que tener en cuenta que estos dos países practicaron durante esos años de matonismo hitleriano en las relaciones internacionales europeas una política que se dio en llamar «de apaciguamiento», es decir, de concesiones a la Alemania de Hitler para evitar una nueva guerra. Mucho se ha especulado sobre las razones de dicha política, pero hay que citar tres factores: el hecho de que Francia y Gran Bretaña no estaban militarmente preparadas para entrar en guerra en aquel momento, el recuerdo traumático de la Primera Guerra Mundial en esos países y la propia debilidad de sus dirigentes (Chamberlain y Daladier). En cualquier caso, Mussolini tomó la iniciativa de convocar a Gran Bretaña, Francia y Alemania para un encuentro en Munich a finales de septiembre con objeto de intentar resolver el conflicto. El resultado de la conferencia fue reconocer la anexión alemana de los Sudetes y, de manera más general, condenar a Checoslovaquia a la in-

defensión. Esto no impidió que a su regreso a Gran Bretaña y Francia sus respectivos primeros ministros fueran recibidos como héroes por la opinión pública. Munich dejó claro a los pequeños países de Europa central el (escaso) grado de compromiso de ingleses y franceses con su integridad territorial frente a la crecientemente poderosa Alemania.

El último acto de la tragedia que condujo a la Segunda Guerra Mundial fue el más inesperado, sorprendente y cínico de todos ellos. El 23 de agosto de 1939, Joachim von Ribbentrop y Viacheslav Molotov, ministros de Asuntos Exteriores de Alemania y la Unión Soviética respectivamente, firmaban en Moscú, bajo la atenta mirada de Stalin, el Pacto de no agresión germano-soviético. Es difícil comprender el efecto psicológico que debió de producir en la época entre los millones de seguidores de ambas ideologías (comunismo y nacionalsocialismo) este pacto contra natura, por no hablar del resto de los espectadores de la escena internacional. Además, el pacto permitía a Alemania salvaguardar su flanco oriental del ataque de una potencia, y a la URSS alejar la amenaza de una posible agresión germana. Por si esto no fuera suficiente, después se supo que el pacto incluía unas cláusulas secretas en virtud de las cuales ambos países se iban a repartir Polonia en un futuro inmediato.

Polonia había sido el mayor beneficiario de territorio alemán en virtud del Tratado de Versalles. Además, incluía entre sus fronteras la ciudad libre de Danzig, habitada abrumadoramente por población

alemana y motivo de la codicia de Hitler, que también anhelaba el llamado «Corredor polaco», una franja de terreno que permitía a Polonia acceder al mar Báltico a costa de separar a Alemania de su territorio de Prusia Oriental. A diferencia de otros países anexionados por Alemania en los años anteriores sin necesidad de confrontación militar, Polonia se opuso a las pretensiones de Hitler, contando con sus alianzas con Francia y Gran Bretaña y con sus propias fuerzas armadas.

Con la invasión de Polonia por parte de Alemania, el 1 de septiembre de 1939, se desencadenó la que acabaría siendo la mayor guerra de todos los tiempos.

2. La guerra en Europa

«Guerra relámpago» y defensa estática

Antes de entrar en el relato de la guerra, es necesario hacer un breve repaso de la situación militar previa al estallido de la misma.

Cuantitativamente, Alemania había llevado a cabo un espectacular rearme durante los cuatro años previos al inicio de la guerra. Así, el Ejército de tierra había triplicado sus efectivos humanos entre 1935 y 1939. Además, en esos mismos años se produjo la creación de una fuerza aérea que pasó de la nada a ser la primera potencia mundial, así como el desarrollo de divisiones acorazadas, un nuevo tipo de unidad militar capaz de realizar movimientos hasta entonces desconocidos.

Sin embargo, la gran diferencia entre ese país y el resto de los contendientes durante los primeros años de la guerra residió no tanto en el armamento como en su

utilización. Alemania llevó a cabo una revolución militar. La llamada «guerra relámpago» (*Blitzkrieg*) suponía la estrecha cooperación de todas las armas para abrir una brecha en el frente enemigo, a través de la cual penetraban las unidades acorazadas y motorizadas, que, sin preocuparse por las fuerzas contrarias que dejaban atrás, llevaban la lucha a la retaguardia enemiga. Mientras tanto, la infantería defendía los flancos de la brecha ante los posibles contraataques. A su vez, la aviación bombardeaba los aviones enemigos en tierra y las líneas de comunicación; de este modo, adquiría la supremacía aérea sobre el campo de batalla, impedía el envío de refuerzos enemigos y producía la paralización de las fuerzas terrestres rivales. Finalmente, la infantería reducía las bolsas de resistencia que los carros de combate habían dejado tras de sí. El elemento clave de esta forma de guerra fue la creación de las ya mencionadas divisiones acorazadas, que permitían al Ejército alemán una rapidez espectacular, a diferencia de otros ejércitos, que utilizaban sus tanques como unidades de reconocimiento o como apoyo de la infantería. Esta manera de combatir dio a Alemania, como veremos a continuación, una abrumadora superioridad militar que duró al menos hasta el invierno de 1942, en lugares y circunstancias muy diferentes.

Para comprender lo revolucionario de esta nueva forma de combatir, hay que tener en cuenta que el Ejército polaco basaba su fuerza en divisiones de infantería tradicionales y en brigadas de caballería. Por su parte, Francia era una potencia militar de primer

orden que contaba con un importante Ejército de tierra, carros de combate no despreciables y una Marina considerable. Sin embargo, tenía una doctrina militar estancada en la supremacía de la defensa estática, en función de la cual había construido una línea defensiva permanente (Línea Maginot) que cubría su frontera oriental desde Suiza hasta Bélgica (excluida ésta). Este elemento defensivo se mostraría totalmente ineficaz frente a la movilidad alemana.

Gran Bretaña basaba su poderío militar en la primera Marina de guerra del mundo, muy superior a la alemana. Su Ejército de tierra era reducido, mientras que su aviación demostró ser capaz de enfrentarse con éxito a las fuerzas aéreas alemanas durante la batalla de Inglaterra.

La invasión de Polonia

A pesar del exquisito cuidado que todos habían tenido para no provocar la ira de Hitler, éste no necesitó de ninguna disculpa para invadir Polonia: él mismo la creó al ordenar una operación de sabotaje contra una emisora de radio alemana; soldados alemanes, disfrazados de polacos, atacaron su propio país para poder invadir al vecino. El cinismo de Hitler no tenía límites.

Para esta primera operación militar de la guerra, el Ejército alemán (*Wehrmacht*) puso en juego a la mayor parte de sus hombres y armamento, dejando sólo